

Editorial

Actuemos las resistencias.

Una buena cantidad de salvadoreños coinciden en sostener que por mucho que algunos señores del gobierno digan y divulguen con bombo y platillo que las cosas han mejorado en nuestro país, en realidad pareciera que más bien los problemas se han agudizado.

Los que son más agudos creen, no sólo que las cosas andan mal, sino que las causas de dicha situación siguen siendo las mismas que en la década de los 60s y 70s, desencadenaron el conflicto armado.

Para algunos otros, la situación por la que atravesamos sólo puede entenderse como la venganza atroz, de los ricos contra los pobres. No se trata solamente de un conflicto que deba entenderse en términos de norte contra sur, sino de ricos contra pobres. En la medida en la que existen pobres tanto en el norte como en el sur.

Y para la gran mayoría, estamos incurso en una situación en la que los poderosos hacen gala de su poder y de su prepotencia a tal punto que imposibilitan cualquier espacio para el diálogo y la concertación. Las cosas andan mal y bien mal. Y son muchos los que ya nos hemos enterado de lo mal que andan. Sin embargo, aunque ha sido necesario ser consciente de esa situación, hasta ahora no parece que es conciencia haya sido suficiente.

Es decir, nadie es tan optimista que piense que el estado actual de cosas pueda, ni siquiera mediatamente, cambiar.

¿Qué es lo que nos ha ocurrido? En una primera aproximación a esta problemática pareciera que se nos ha hecho creer que las cosas están como están y que no pueden estar de otro modo; y no sólo eso, sino que tenemos que estar agradecidos de cómo están; no existe un mundo mejor al que tenemos. Y alguien ha dicho socarronamente: 'y si existe, que me lo presenten'. Y lo peor es que tácitamente hemos comenzado a pensar que los que así piensan tienen razón.

Ante esta consideración de la realidad, hay dos observaciones que deben hacerse. Lo primero es que los que están más interesados en que creamos que asistimos al mejor de los mundos posibles son precisamente aquéllos para quienes este mundo es rentable. Esa constatación tendría que hacernos sospechar que quizá se trata de una consideración ideologizada de la realidad. La segunda observación es que creer que este es el mejor de los mundos posibles es la manera más efectiva de neutralizar cualquier tipo de resistencias frente a este estado de cosas. Creer que no tenemos salida es la mejor arma que tienen los apologistas del actual sistema.

Sin embargo, poner en evidencia tal ideologización de la realidad no significa que desconozcamos la crueldad con la que suelen imponerse los que tienen el poder para hacerlo. La situación por la que atravesamos puede describirse

como de 'impotencia', sabemos que las cosas pueden mejorar, pero aquéllos a quienes les beneficia este estado de cosas tienen todo el poder para imposibilitar la más mínima expresión de resistencia.

Desde esta perspectiva, se entiende lo que piensa Schweickart: "Debemos admitir que en estos momentos no podemos ir más allá del capitalismo, no porque no exista un 'más allá' viable y deseable, sino porque aquellos que más se benefician del orden presente son demasiados poderosos. Ni más ni menos".

Ante esta situación caben, por lo menos, tres posiciones: la primera es la de aquéllos que se resignan y creen que nada podemos hacer, porque los ricos son muy fuertes y los pobres son muy débiles; implícita o explícitamente piensan que el conflicto armado puso en evidencia el triunfo de los ricos contra los pobres. La segunda posición es la de aquéllos intelectuales ex izquierdistas que han sido 'vencidos por la fuerza bruta del dinero, aquéllos a quienes les han quitado las ganas de pensar y analizar de una manera original y crítica los problemas de la realidad'. Finalmente, tenemos las posiciones desesperadas de violencia, de aquéllos que ven toda otra posibilidad imposible de transitar y se deciden por acciones violentas e infructuosas. A pesar de todo, sostenemos que atravesamos por una 'situación esperanzadora', aunque esto suene paradójico después de lo que acabamos de exponer. La esperanza se funda en el hecho de haber caído en la cuenta de que no es verdad que los puntos de llegada se hayan eclipsado. Con la supuesta crisis de paradigmas se nos hizo creer que este sistema económico no tenía alternativa, que era el mejor de los sistemas posibles. Esta creencia entraba en contradicción con el hecho de que los problemas no sólo no se solucionaban sino que más bien se agudizaban. Entonces, si fuera verdad que estamos incursos en el mejor de los mundos posibles, eso significaría que para los pobres de este mundo, no habría salida. No obstante, vemos, cada vez con más claridad, que esa lectura enmascara la realidad. Tampoco es verdad que no sepamos quiénes tenemos que orientarnos hacia esos puntos de llegada. Con la creencia de que el sistema capitalista era el mejor de los sistemas posibles, también se nos hizo creer que el mejor de los sujetos posibles era aquel que entendía su vida y la vida de los demás en cuanto motivada por el éxito individual. Pero esta creencia entraba en contradicción con la viabilidad misma, tanto de los seres humanos, como de nuestro mundo. Es fundamental caer en la cuenta que la competencia beneficia únicamente a un grupo muy reducido de la sociedad; entonces, no es esa actitud la que contribuirá a la solución de los problemas de nuestra sociedad; no es el individuo competitivo, sino los grupos solidarios los que deben ofrecer una solución efectiva a los actuales problemas.

Por lo tanto, el punto de llegada es una sociedad más equitativa, más inclusiva, más justa; quienes tenemos que orientarnos hacia esos puntos somos los excluidos, los saqueados, los oprimidos; en una palabra, las víctimas que genera el actual sistema económico.

Que siga siendo válido y legítimo luchar por una sociedad equitativa, justa e inclusiva; que siga siendo claro que quienes tenemos que sentirnos responsables de esa lucha somos los oprimidos, son cosas que tienen que llenarnos de esperanza. Pero se trata de una esperanza activa, de una esperanza que tiene que movernos hacia las resistencias. Entonces, inexorablemente, se nos presentan los siguientes problemas: ¿qué debemos entender por resistencia?, ¿a quién resistirse?, y ¿cómo resistirse? ¿Qué es resistir? Las resistencias tienen las siguientes características: en primer lugar, son generadas desde los sectores populares más afectados. Cuando las marchas de protesta, por ejemplo, son organizadas por grupos ajenos a los sectores populares, no son expresiones de resistencias. Son estrategias para ocultarlas.

En segundo lugar, las resistencias, tiene un interlocutor identificado, que se ve forzado a escuchar y a darle curso a las reivindicaciones exigidas. Es decir, la 'realidad' de la resistencia tiene como elemento estructural suyo, a quienes tienen la obligación de escucharla.

En tercer lugar, las resistencias expresan la existencia de alternativas en un contexto que, frecuentemente, nos envía el mensaje de que no hay lugar para alternativas. Las resistencias expresan, de forma explícita y abierta, inconformidad y voluntad explícita de comprometerse en la construcción de una sociedad distinta.

¿Ante quién o qué resistir? Primero, si son los poderosos quienes nos mantienen en una situación inhumana de sobrevivencia, la resistencia se entiende como el conjunto de acciones orientadas, por un lado, a mantener la esperanza en los oprimidos, y por otro lado, a salir de dicha situación. Segundo, asistimos a un contexto en el que tenemos que resistir a los que temen a las resistencias. Estamos incurso en un contexto de miedo, tememos a las represalias. Hay que resistir al el miedo.

Tercero, hay que resistirse a los ex izquierdistas que negocian los valores por los que, supuestamente, han luchado durante su vida.

Cuarto, hay que resistirse a las diversas formas de disuadir las resistencias: la cooptación, la educación puesta al servicio de un sistema excluyente, la represión, y toda ley que sutilmente la impida, como la ley antiterrorista que pretenden aprobar próximamente.

Quinto, hay que resistirse a cierto tipo de resistencias: resistencias orientadas al mantenimiento del actual estado de cosas; resistencias sancionadas, muchas veces, tanto por los que dicen defender a los pobres, como por aquéllos que los mantienen en dicha situación.

¿Cómo resistir? Concientizándose, organizándose, movilizándose. En relación a la concientización, se trata de que los más afectados crean en sí mismos. La solución a los problemas que tiene planteada nuestra sociedad pasa, primariamente, por las respuestas que se puedan generar

desde aquéllos que las sufren; es vital convencerse que desde los grupos dominantes no se pueden esperar soluciones verdaderas a dichos problemas. Los pobres, como decía la música popular de aquellos años esperanzados, deben creer en los pobres quienes, como lo reflexionara Gustavo Gutiérrez, poseen una fuerza histórica. Es fundamental la concientización de los líderes populares. Los líderes tienen la inexorable obligación de retornar a sus bases populares. Es un punto para la reflexión de los movimientos populares, la cuestión de por qué algunos de sus líderes interpretan la lucha popular como carrera profesional, y en lugar de representar a sus bases terminan beneficiándose a sí mismos.

Acerca de la organización. Es evidente que la organización se ha vulnerado. Han existido infinidad de maneras para disuadir la organización. Las amenazas ocupan el primer lugar: en las empresas los trabajadores no se organizan por el temor a las represalias, por el temor de perder su empleo; asistimos a una situación en la que tenemos que agradecer el poder ser explotado; son infinidad de hombres y mujeres los que carecen de trabajo, y que, por eso mismo, ven debilitadas sus posibilidades de organizarse. Es sintomático que contra la organización están, tanto instituciones que se proclaman defensoras de los derechos de los trabajadores, como las instituciones que no tienen interés ninguno en proclamarlo. En segundo lugar, existen maneras más sutiles y no menos efectivas para disuadir la organización. En la organización se ventilan problemas sociales, se intenta solucionar los problemas por los que atraviesan grupos sociales, por lo tanto es lugar para lo público. En cambio, la sociedad ha ido configurando estructuras que privilegian lo privado. Dos ejemplos, las iglesias y los centros comerciales. Aparentemente se trata de lugares públicos; hay iglesias que se abarrotan de gente, los centros comerciales se ven inundados de público. Sin embargo, se trata de lugares eminentemente privados. Así como en los centros comerciales, todos los que a ellos confluyen son hombres y mujeres anónimos, también en las iglesias se corre ese mismo riesgo. Sin embargo, reconocemos que las iglesias podrían desempeñar un papel insustituible en el proceso de concientización y organización de las comunidades. Sobre la movilización. La movilización es expresión de la concientización y de la organización. No podemos movilizarnos sin un mínimo de organización, y sin ser conscientes que los problemas tienen solución, y que la solución va a provenir de las masas organizadas. La movilización no es un delito. Por el contrario, es un derecho. La movilización no se reduce, por lo demás, a la manifestación pública y masiva, sino que se extiende a la movilización de esfuerzos, de iniciativas solidarias de espacios de diálogo y asociación .

Noviembre, 2006.